



Dib. LINAGE.—Madrid.

—¿Pero con este frío estás sin gorra, chico?
—Es que he oído decir a mi madre que hace un frío que «pela».

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 -).....	10,40 -
Año (52 -).....	20 -

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 -).....	12,40 -
Año (52 -).....	24 -

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 -
Año.....	32 -

ARGENTINA, BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,-
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Geja Via, 2

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar.
Examen siempre es:
la marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y flores evidentes, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grisesos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelitero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores, da el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o enviciados lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocimiento para hacer desaparecer las arrugas, granos, herpes, acné, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Completa a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reune las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles al color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Havana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIROMANTE

13.—Semanal.

CUPÓN

correspondiente al núm. 164

es

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

10.—Se dice de las mujeres muy guapas.

500 500 500

EN LA NAVAJA

R R S

11.—Figura retórica.

FIN

FLOUR SIN UNO

OL

12.—Un plato.

RÍO PLANTA

PETRÓLEO

FALTO DE LETRAS

Don H E B amansa

un fiero potro

REY DE PERSIA

Los ejemplares atrasados de

BUEN HUMOR

correspondientes al año 1924, se venden en esta Administración al precio de CINCUENTA céntimos. Los de años anteriores, al de UNA peseta.

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.

14.—¡En el Perú está la solución!

FRANCISCA

CURRA

FRASQUITA

1000

EDUCADOR

15.—En la farmacia.

—Yo no paso el prima-cuatro con esa cuarta.

—Pero pasarás por la vergüenza de que

tercia-cuarta se entere de tu cobardía.

—Tercia-cuarta es una foto que no me atree

ni me importa un bleño.



—¿No sabes de un médico? Mi suegra está enferma.

—No llames al de mi casa que curó a la mía.

(De Péle Mêle.—Paris).

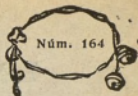
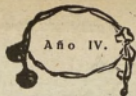


Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
**AGUA DE
COLONIA AÑEJA**

Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alcoh-
ol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulan-
te de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERIA GAL. -- MADRID



LA IMPORTANCIA DEL NOMBRE



¡CÓMEN que el nombre no hace a la cosa. En efecto, una mujer bella lo es, se llame Cleopatra o Nicotiana. Ya pueden titular una fondueca *Hôtel Selection*, que aunque les den también denominaciones raras a las sopas de ajos, no irá la aristocracia a comer allá; y aun los humildes individuos de la habitual parroquia le restituirán, al fin, el adecuado título de *Hôtel Sopes de Ajes*, o algo por el estilo.

Tampoco la cosa hace al nombre. Conozco un antro al que hay que entrar a gatas y donde limpian el polvo los propios clientes; pero éstos todo lo soportan con gusto, incluso que les riña el patrón, y hasta hacen cola por catar unas judías estofadas como no las dan en el Ritz; en cambio, va usad el *restaurant Pica-dilly* y se tiene que tragar unas judías estofadas, cuya digestión terminará el día del juicio.

Pero que el nombre no haga a la cosa, ni la cosa al nombre, no quiere decir, y es pero demostrarlo, que el nombre no tenga importancia capital a veces. Atengámonos a los nombres de las personas:

Rodríguez, un afamado escritor, cuya firma suele aparecer al año seis o siete veces, por turno riguroso, hizo una comedia bastante genial, que no tenía otro defecto de importancia que el de estar firmada por el corriente patronímico de Rodríguez, ¡Rodríguez, Rodríguez!... Suena ya tanto, que no suena...

Y, ¡oh poder del nombre! Leyéronle la obra, en un rato de ocio; mas no se la estreñaron. ¿Qué hacer entonces?... Pues cambiarle la firma. La firmó *Burrosky*... ¡y la estrenaron sin leerla!...

Y voy a mencionar un caso, en que todavía no bastó tal recurso; el caso de cierto escultor que se llama José López Sánchez. ¿Puede ser escultor un López Sánchez? En España, no. Y López Sánchez se rebautizó un día con

este mote absolutamente romano, propio de escultor: Marco Emilio. ¡Qué recio y qué elegante! ¿Verdad? Pues en muchas cartas lo llamaban, testarudamente, don Emilio Márquez... Y ya López hasta llegaba a envidiar a esos artistas anónimos que lo pasan tan lindamente en su celebridad de desconocidos...

Por otra parte, esto de rectificar el nombre, puede acarrear inconvenientes graves; y prueba lo el malhadado caso de cierto estafador, el cual, para cada operación que acometía, se aplicaba un nombre falso con la correspondiente cédula y todo.

Pues bien; el hombre se llegó a adjudicar un Juan García Ortega, un Emeterio Ruiz Conejo, un Arturo Sala y Mesa, un Francisco Moreno Rubio, un Antonio Noguera Castaño, etc., et-

cétera, etc.; y hoy, el infeliz tiene la desgracia irreparable de no saber cómo se llama...

Conozco y trato algo a un vate, ultra, pero un poco inspirado, que se somnola en lo íntimo de su corazón de nombrarse Ramón Serrano. Nombre que considera vulgar y que le huele a *Jamón Serrano*... Está disgustadísimo, y no le resulta que, por ejemplo, acabe así una de sus creaciones:

«...y la neurasténica Luna, Palmatoria de la Celeste Alcobá hermética, escintila como los párpados Estelares y denteronómicos...» —*Ramón Serrano*.

Este final lo estropea todo.

Pero, ¡ay!, que no se despojará él de su firma legítima, porque no le deja la familia. —¿Qué, le avergüenzas de llevar mi apellido honrado?— le grita, con iracundia, el padre—. Ponte por *alias*

Goethe, o Shakespeare, o... Gaztambide (!); pero mientras vivas, serás Serrano como tu padre...

Finalmente, los cambios de nombres pueden resultar perjudiciales, y lo podemos comprobar, no sólo en el caso del estafador supradicho, que se estafó el nombre a sí propio, sino en este muy singular.

Una vez, acudió a Madrid para inmortalizarse artista, un joven de extraordinarias dotes, aunque sin un cuartito.

¡Cuánto luchó! A veces, les tenía que improvisar un retrato al óleo a las patronas para que le diesen de cenar. Este joven tenía un apellido que no estimaba en nada: Vélez...

Pero él se puso un precioso mote de artista, después de avisarlo en su pueblo: Montel. La posteridad exclamaría:

¡Montel, Montell...! Se hablaría del estilo montelliano, de las anécdotas montellianas, de las corbatas montellianas...

Al cabo de sus duros luchas artísticas, triunfó; le había llegado la hora de la muerte, y quedó *para luego*...

Pero... ¡horror!, además de que el firmaba de una manera ininteligible, le habían equivocado el nombre... Y ya, eternamente, ¡se llamará Pérez!...

José BRUNO



Dib. SILERO.—Madrid.

LA TERRIBLE CUESTA

Estamos subiendo la cuesta de enero, y por lo que dicen y lo que yo infiero, todos la subimos a pie y sin dinero.

Hace algunos días, era todo fiesta, pero ya pasaron, y como protesta contra sus holgorios, ahora todo es cuesta.

Ya están los teatros en plena congoja, y los empresarios no pasan la hoja y andan los artistas en la cuerda floja.

Ya se ven los cines totalmente «a oscuras», y aunque son muy bajas las temperaturas, ni chicos ni grandes quieren apretures.

Ya toda elegante se siente cansina, deja los servicios de la «carabina» y no entra ni a tiros en «La Mallorquina».

Ya los pollos litris, faltos de dinero, no hacen sus tertulias y su mentidero cerca de la Peña, frente a Molinero.

Ya todos los taxis van desalquilados y los pobres chóferas, juntos a los «situados», están aburridos y desesperados.

Ya andan medio locos algunos fondistas y se desesperan no pocas modistas y se redondean muchos prestamistas.

Ya por Recoletos pasea más gente y todos se miran agresivamente.

Y todos, unánimes, se execran «in mente». Ya nadie, orgulloso, sus despendios los, ni ya nadie en coche va hasta la Moncloa ni toma ya nadie vermut con anchoa.

Estamos en tiempo de grandes apuros; todos los semblantes se muestran obacuros; no existe un amigo que preste dos duros.

Estamos en días desaventurados en los que se rompen todos los calzaídos y se esfuman todos los habilitados...

Estamos subiendo la cuesta de enero y, ya lo dije antes, por lo que yo infiero, todos la subimos a pie y sin dinero.

MARCIANO ZURITA



Dib. PADILLA.—Madrid.

—Pa que te fies de la vacuna. Ahí tiés al chico de la Liboría, que ayer le vacunaron y hoy está de cuerpo presente.

—Pero ¿ha muerto de la viruela?

—No. De una corná en la cepea de Vicávaro.

LOS BAÑOS

Casi con tanto sentimiento como si hubiese de participar el sepelio de algún individuo más o menos simpático de mi propia familia, voy a consignar ahora mismo una afirmación que ha de producir trastornos generales en las ideas de los creyentes en el progreso. (Yo lo pongo siempre así, con minúscula, en vista de la escasa sustancia de este sustantivo.)

Y la afirmación, rotunda, documentada, irrefutable, irrefutable, convincente, absolutamente exacta, si que también dolorosa, es ésta: la Humanidad es ahora mucho más cochina que antes. Hablo en sentido literal y sin chispa de metáfora.

Quiénes pretendan atacar esta afirmación, se darán contra la mole grandiosa e ingente de los hechos, y corren el gravísimo riesgo de romperse el cráneo, por duro y berroqueño que lo tengan.

Procedamos a la exposición, no de estos cráneos, sino de estos hechos. ¿Quién ignora lo que eran, en tocante a limpieza corporal, helenos y latinos? Quizá esta pulcritud procedía en parte de su afición a la desnudez; porque dadas sus leves y estrictas vestimentas, lucían al aire libre, ya las piernas, ya los brazos, ya un cacho de torso, ya cualquiera otra porción de sus corpúsculos serenos, sin contar los individuos que por atletismo, profesión de modelos, carácter jacañoso, prescripción facultativa, horror al ca-

lor veraniego, frescura natural o cualquier otra causa respetable, no usaban otro indumento, abrigo ni adorno, que la repitecada hoja de parra, pegada—suponemos—con *síndetecón*.

Sólo en Roma pasaban de ochocientos las termas públicas. Vayan ustedes a ver cuántas hay ahora y cuenten las que adornan nuestra propia capital. No es extraño que los ciudadanos romanos se pasaran media vida en las susodichas termas, ya en las de Casacalla, ya en las de Tito, ya en las de Diocleciano; y para no caerse de debilidad cuando salían de sus ejercicios nataforios, allí mismo tenían sus restaurantes, amén de gimnasio, biblioteca, paseo bajo los pórticos, sala de conferencias, lecturas y declamaciones...

Y ¿qué decir de los baños pompeyanos, preparados con esencias balsámicas, rodeados de jardines? Esto, los baños públicos: en cuanto a los particulares adinerados o *atalentados*—la moneda más rica se llamaba *talento*; hoy, por el contrario, el talento vale muy poco—poseían cada baño en sus casas, que daba el vértigo, con sus espejos de plata bruñida; y contaban a su servicio un ejército de esclavos masagistas, depiladores, manicuros y pedicuros, perfumistas, peluqueros, pintureros o como se llamasen... En fin, eché usted gente desinada al embellecimiento personal, y sonriase usted de madame Vasconcel y de sus productos, de la cera Asepline y de todas las tonterías del tocador moderno.

Con explicar que la mujer de Nerón, la hermosa Popea, hacía llenar su baño—construido de pulido pórfido—con leche de burras y jugo de fresas—¡qué dolor para los golosos enterarse de estas cosas!—, queda dicho si estimaría la epidermis aquella señora; lo cual no le impidió morir de una formidable patada que su augusto y cariñoso marido le arreó en la tersa, blanca y limpiísima tripa, satinado estuche, en aquella sazón, de un Neroncito en ciernes, quien también quedó hecho papilla, de resultados.

Parece que la emperatriz llevaba en sus viajes a las burritas lecheras, que eran seiscientas, aunque en este número no están completamente de acuerdo los historiadores.

Sería de ver en los festines imperiales o luculianos, a los jóvenes patricios, cebados, depilados y perfumados. Y el que era calvo, se plantificaba una corona de rosas, lo que, a decir verdad, se nos antoja un poco ingenuo, como tapadera...

No se desconocía entonces el régimen vegetariano, empleado por las patricias romanas para mayor y perfecta limpieza del cutis. Fíjese el lector en que sólo se cuidaban así las *patricias*: las Rufinas, las Rupertas, las Pepas, las Gertrudis y las Tomasas, se atracaban de magras y de torreznos, y se refaban de divivios y de forniculos.

En cuanto a los patricios, senadores y tribunos, no eran grandes partidarios del susodicho régimen; porque lo que ellos dirían: —Donde esté un capón asado, que se quiten de delante todas las berzas del mundo, y donde esté el Faleño, quédese el agua para el uso externo.

Naturalmente. Un pueblo tan guerrero que conquistó el mundo, ¿lo iba a conquistar con cuatro acegas y con cuatro espinacas en el estómago, el todo regado con un irrago de agua del Tiber?

Por eso digo que se limitaban—pero,

¿qué limitarse?—, se extralimitaban a la limpieza exterior.

Hasta para suicidarse empleaban el baño, y se iban al otro mundo limpios como una patena, después de celebrar el último y más opiparo de los banquetes, y transcurridas las horas necesarias para que no se les cortase la digestión. ¡Bromitas con la salud, no!

La lamentabilísima decadencia que sobrevino en tiempos sucesivos, queda para el capítulo siguiente.

MATILDE RAS



Dib. Esplandiú.—Madrid.

—Parece mentira, mujer. ¿No te da vergüenza haber roto una silla en la cabeza de tu marido?

—Te aseguro que no era mi intención romper la silla.

ESTAMPAS VIEJAS

Lo que va de ayer a hoy.

—Hay que ver!... Lo que va de ayer a hoy! —(Que nos agradezca el reclamo, Guerrero)—, ha exclamado el amigo que nos acompaña, a la vista de un conglomerado de «manuela» y «taxi», que acaban de atropellarse, en un paseo muy frecuentado.

Y no ha pasado más. Pero al llegar a casa, he descubierto el siguiente «elogio» del cochero de punto escrito allá por los años de MCMXXI. Pero, hombre de conciencia, he tenido un remordimiento: Habrá ayudado este artículo, escrito en plena dictadura cocherial, a su caída? (Vanas, vanitas, vanas, que dijo San Isidro), porque que el cochero es casi ya una entelequia, a la vista está.

Tiene ese sabor de cosa vieja, esa pátina que da el tiempo, ese valor, patrimonio de los años, ¿verdad Loreto?

Y sin más diláramos ni acrobacias, «ahí va, eeh!»:

FAUNA MADRILEÑA

El cochero de punto

«Ha pasado rápido, causándonos gran extrañeza, un cochecillo arrastrado por un rocín harto flaco, al que golpeaba cruelmente un hombrecillo bajo y regordete, que lo conducía. Era un «simón» en fuga. Le seguía una señora gruesa y sofocada que portaba en su mano derecha una maleta, mientras con la otra llevaba, tras sí a un pobre

señor que asía bajo sus brazos una sombrerera, una manta de viaje y una jaula. Detrás, corría una «maritorrea» desgreñada, y más después coro general de chiquillos, desocupados y comadres.

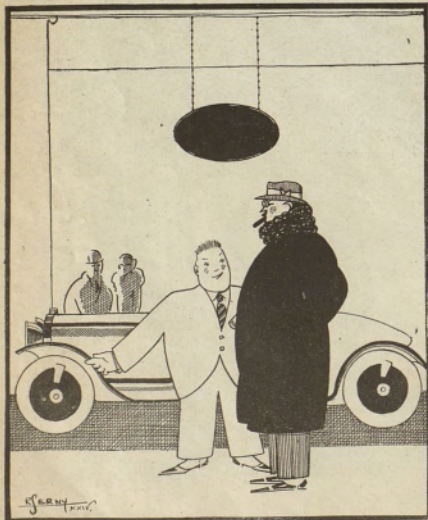
»Nos han explicado el caso. Un buen matrimonio que marchaba de viaje y después de dos o tres horas en espera de un coche de alquiler que los condujera, acertó a pasar por allí uno desalquilado, que al ser llamado y atisbar el automotonde el sinnúmero de bultos para transportar, se había negado a ello, sin acudir ni discutir—filósofo al fin—, comenzando a apalearse locamente al pobre jamego para desaparecer por la calleja más próxima. Y ahora la señora y «lo que venía detrás», perseguían al cochero para tomar su número; pero, sí, sí, ya se ha perdido entre un dédalo de callejuelas, y el matrimonio, cansino, ha optado por sentarse sobre los bultos que acarreaban, sudorosos y jadeantes, viéndose rodeados por la nube de chiquillos y curiosos que comentan el caso entre burlas y risoladas. Y por una vez más se ha burlado del público el cochero.

»Es un tipo libertario y desvergonzado, atiende cuando le viene en gana, discute la propina si no le cree harto suficiente y tiene aires de gran señor, como lo demuestra al ver que un betunero lusitana sus zapatos y un gorrillo brice rebujillar los metales del cochero, mientras él, liado invariablemente en una bufanda a cuadros (manes de La Cierva!), lee un diario, trasiega un «tupi» de «moka» humeante, o apura la punta de un cigarro en dulce y tranquila charla con sus compañeros de «punto».

»Tampoco vale el usar nuestro derecho en alguna discusión con el auriga, pues no os será reconocido y para evitarse disputas y rencillas nos permitimos recomendar un medio que usaba un viajero, harto de aguantar imperinencias. Cuando el coche marchaba lento por una calle apartada, el viajero abría cautelosamente la portezuela y se deslizaba pausadamente del vehículo. Cuando llegado el final de la carrera, el cochero acudía solícito en busca de la propina, notaba con espanto que el viajero se había «fumado».

»Es el procedimiento, sólo que hay un pequeño detalle. Este viajero atrevido murió a manos de un cochero.»

Esto decía el autor, del pobre cochero, por el año que antes mencionamos. Hoy no tiene para él sino una sonrisa misericordiosa y una lágrima transparente. ¡Qué demonio, por el camino que llevamos—y vamos a las Ventas—el será el que nos acompañe en el último paseo que nos demos, porque en «eso» no creo que lleguen a «cuajar» los «taxis». ¡Parecería como si nos quisieran echar antes!



Dib. SERNY—Madrid.

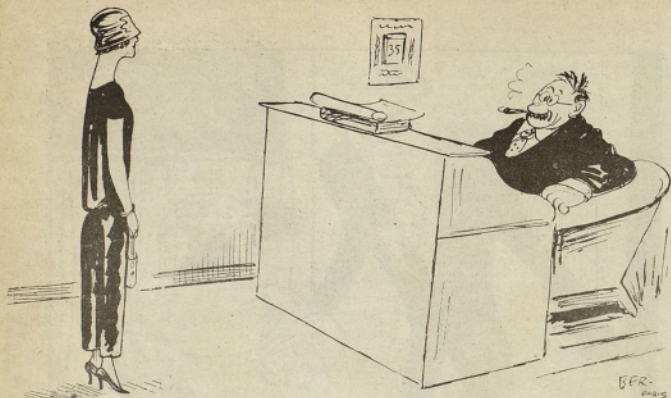
—Aquí, en el interior, están expuestos los automóviles. En la calle, los expuestos son los transeúntes.

ANGEL DE LAS BÁRCENAS



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Qué desea la señora que le saque,
géneros para elegir o para descansar?



Dib. BERGSTRÖM—París.

—Para hacer ese papel se necesita ser bella y joven, pero tiene usted tanto talento que, sin tener esas condiciones, va usted a poder representarlo admirablemente.

GALERÍA PINTORESCA

XV

UN FRESCO

«¡Vive Dios, que me espanta la osadía con que un mal español y en tierra extraña, se atreve a difamar a nuestra España que sí es la patria de él, también lo es mía!

¿Por qué no viene aquí, y en pleno día sostiene bravamente su campaña ya que de lejos, y a traición, la hazaña no es para acreditar su valentía?

¡Quién sin respeto y sin razón siquiera ultraja a quien ultraja. Irreverente, no mereció nacer donde nació!»

Esto oyó un valenciano de Torrente y dijo: —¡Muy bien dicho! ¡De primera... y quien dijere lo contrario mienta!

UN GUARDIA

«Dime, Padre común, pues eres justo, ¿por qué ha de permitir tu providencia que sigan los tenderos sin conciencia robándonos a todos que es un gusto?

«¿Quién da fuerzas al brazo que robusto hace al alcalde firme resistencia y sin respeto alguno ni obediencia se burla de él con ademán injusto?

¡Tal nos explotan hoy a precio fijo, que para prepararse un mal puchero se necesita ser casi un Urquijo.»

¡Esto decía yo, cuando grosero un guardia urbano apareció, y me dijo: ¡Imbécil! ¿Para quién se hizo el dinero?

FIACRO YRÁYZOZ

NUESTRAS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO DE CARMEN IBORRA

ILUSTRADO POR ELLA MISMA



Carmen Iborra, la deliciosa primera tiple del teatro Apolo, se rebela en esta plana como un dibujante extraordinario.

La torre, el bolso, las golondrinas y las personas que presenta son prueba evidente de ello.

Pero además Carmen Iborra es una mujer encantadora como saben todos los que la han visto alguna vez.

Nosotros la presentamos en este su nuevo aspecto de dibujante, en el cual cosechará de fijo muchos triunfos y muchos admiradores.

LA HIGUERA DESCONCERTANTE

Pues, señor; este era un matrimonio muy humilde, que vivía en una barraca, a la que una higuera y una parra daban sombra. La higuera no daba fruto, pero

como tenía muy buena sombra, no la quisieron quitar de allí.

A la caída de la tarde—el marido había sido picador—, el matrimonio salía a la pueria y mientras él estaba en la higuera—pobrecito—, ella se subía a la parra y desde allí, suspirando quedamente y haciendo retremblar los ámbitos, exclamaba:

—¡Dime si han da tornar las oscuras golondrinas!

El marido, separándola la cabeza del tronco (de la parra), respondíale a Sisebuta:

—Ya han volvido.

Pasó el tiempo, y como la parra y la higuera se secaran, pues se les acabó la sombra.

Pero Sisebuta, que en su juventud hizo de D.^a Inés un día que su marido se empeñó en hacer el Tenorio, se dedicó al teatro.

Pero, ¡oh desdicha! Él, que ya no podía estar en la higuera, se enteró; salió a la calle desconcertado, sin saber cómo hasta allí llegó, la vió bailando, la vió cantando, y de la rabia, mordiéndolo un churro, murió Fernando. ¡Pobre Nandín!

¡No me guarden rencor!

CARMEN IBORRA



VERSOS FÁCILES

(Porque difíciles no los sé hacer, y eso van ustedes ganando.)

No sé si sabrán mis carísimos y sufridos lectores, que no hay cosa más socorrida para elaborar un epigrama que buscar el consonante en los apellidos de los personajes a quienes injustamente se alude. Mil cuartetas y un millón de quintillas y alguno que otro indecente soneto se han hecho (y se han soportado pacientemente) a base de una serie de apellidos reros y densaradamente estúpidos. No hay poeta festivo, o simplemente semi-festivo, que no haya apelado a ese criminal procedimiento. En el caso frecuente de que los que pueden le hayan mandado a hacer cuartetas (o quintillas o sonetos de la clase susodicha). Yo no quiero ser menos, y voy a demostrar aquí la acelerada facilidad con que se largan esas cosas, gracias a los innumerales Garcías, Navascués, Lagarrigas y Zambranos, que enriquecen los frondosos árboles genealógicos españoles. Diez o doce minutos (ni uno más, porque tengo que hacer dentro de un rato) voy a destinar a esa demostración, que

nadie me ha pedido, pero que la regalo espléndidamente, porque yo soy así. Y aunque estoy seguro de que, a pesar de que no pienso emplear más tiempo que el mencionado, a ustedes se les va a hacer muy largo el lapso, allá voy con mis ejemplos.

Fijense ustedes en la vertiginosa y desbocada sencillez con que versifica este buen amigo y seguro servidor.

Rigoberto de las Yeguas,
esposo de Laura Manso,
tuvo ayer que andar diez leguas.
¡Si las ando yo, me canso!

A Segismundo Lerele
y Fernández de Laguna
le pilló ayer un tranvía.
¡Aunque no como a él, me duele!

Doña Ruperta Bolaños,
la mujer de Berruete,
tiene un niño de tres años
y ella tiene treinta y siete.

Estanislao Ruiz Camuñas,
el vecino de Morato,
posee un hermoso gato
que no se corta las uñas.

Ayer murió Saturnino
Ruiz Cenarro y Maldonado.
¡Oh, qué mundo más cochino!
¡Que Dios le haya perdonado!

Mi compañero Juan Plá
con su mujer Pepa Pi
se marchó ayer a Alcalá.
¿Tendrá algo que hacer allí?

Delante de Luis Moltó
me pidió un duro Martí.
Yo no sé si se lo di,
¡pero él sí sabe que no!

Cuando torea Chicuelo
se pone ronco Cargallo
y cuando torea el Gallo
se desgafata Garmelo.

La nariz de Sánchez Toca
tiene asustado a Blas Roca,
a Facundo de Lareca,
a Perico Muñoz Seca
y a Gerardo Sanz Sotoca.
¡Tan sólo a Benito Chica
ni le espanta ni le choca!

Decía Antón Bocanegra
a Zacarías Palomo:
¡Chico, es ten buena mi suegra
que un día yo me la como!

Ni Federico Frontaura
ni Julián López Isaura
ni Enrique Suárez Sarmiento
ni Máximo Gil Pimiento
pueden aguantar a Maura.
¡Qué tíos con más talento!

Y así podría seguir hasta la consumación de los siglos, hasta el día en que se rebelen los alquileres o hasta el momento del reiteradamente anunciado er-lace de Chicote con la dama de sus pensamientos; pero tanto por consideración a mis lectores como por consideración a mi cabeza, que veo en siniestro peligro si continúo, opio por no seguir y hago punto, que es lo único que presumo de hacer bien, porque me sale siempre muy redondo.

Que ustedes descansen, que buena falta les hace después de esto, y hasta otro día que hablaremos más despacio y algo más elocuentemente que hoy.

NÁSTER O. LOPE



Dib.
RUIZ
Madrid.

—¡Parece mentira
que se encuentre así
un hombre que ha co-
locado a treinta per-
sonas!...

—¿Era político?
—No; acomoda-
dor de un cine.

SOBRE MADRILEÑISMO

«Donde veas un tópic o una cucuracha, písalos.»

Repetidas veces, en labios de personas autorizadas y en plumas de eminentes escritores, he oído ponderar en comóticamente la manera de pisar de las madrileñas.

Para compensar mi escasa experiencia sobre el tema, he dedicado varios meses a la observación y hoy me creo con derecho a declarar, rotundamente, que, sin que esto vaya en menoscabo de las gracias de las hijas de Madrid y sin que con esto quiera indisponerme con muchos amigos ni negar irrespetuosamente gran parte de la literatura española contemporánea, puedo declarar, digo, que las madrileñas no se distinguen, por la manera de pisar, de las de Cuenca o las de Onteniente.

¡Donde está una madrileña pisando la sereal...

No hagan ustedes caso. Yo quisiera ver a los que esto dicen sentados en la puerta de un café céntrico con la obligación de declarar si cada mujer que pasa es o no madrileña. Esto debe ser para ellos cosa fácil, si es verdad que las madrileñas pisando de un modo excepcional, y sin la obligación de adivinar de dónde son las demás.

—Esta, sí... esta, no... esta, sí. Mientras esta prueba no se haga y su resultado no sea satisfactorio, yo niego la realidad de este lugar común. En caso contrario, me comprometo a emigrar con toda mi familia, lejos de la patria, o a vestirme de macero para toda la vida.

Estudiemos ahora el madrileñismo, según los madrileños y según los escritores.

Los madrileños, así como exaltan el taconeado de sus pañalinas, se creen en la obligación de encontrar a Madrid como la primera ciudad del mundo. Esto es muy natural y muy explicable. A todos les pasa lo mismo con el pueblo donde han nacido. ¡Vaya usted a convencer a los de Buitrago de que en Londres se vive mejor!

Lo que ya no nos parece tan lógico es el pugilato que sostienen los distintos barrios de Madrid.

—¡Donde está una chamberlería!

—¡Vamos, quite usted! Para mujeres la inclusa, hombre. ¡Esa calle de Embajadores!

—¡Pues anda, que las Vistillas! Donde está una de ellas, que se quiten todas. En Chamberí, en la calle de Embajadores, en las Vistillas, en Pozas, en la calle de Claudio Coello y en la plaza del Propenso, hay mujeres guapas y feás, graciosas y tontas, altas y bajitas. Es hora ya de reconocer esto y de que las madrileñas cesen en esta lucha por la hegemonía de la belleza, de la

gracia y del casticismo. En último caso, un censo de guapas y castizas, llevado a cabo por el Ayuntamiento, resolvería, con números, la cuestión.

Y pasemos a la otra parte de la cuestión, señalándola como culpable de todo lo que sucede: la literatura.

En novela y en teatro se ha fomentado el madrileñismo y, sobre todo, se ha querido hacer un madrileñismo que no tiene nada que ver con la realidad.

Por ejemplo, en un sainete madrileño, supongamos que entra Reveriano en casa de Indalecio, y dice:

REVERIANO.—¿Hay acceso al local? INDALICIO.—Tráspón el umbral, Reveriano, que estás en tu mansión.

Afortunadamente para ellos, ni Reveriano ni Indalecio hablan así. Estamos seguros de que se expresarían en estos términos:

REVERIANO.—¿Se puede pasar?

INDALICIO.—¡Adelante.

Nunca, nunca hemos oído hablar a un madrileño como se habla en los sainetes ni en las novelas castizas. Si alguno lo hace, es precisamente porque se cree obligado a ello, después de haberse visto representado.

Se trata de hacer pasar al madrileño como un hombre gracioso. Por fortuna, el madrileño suele ser serio y no hace chistes. Todo lo más, se transfiere de uno en otro alguna expresión chusca. Los timos, que se citan como donaire popular, provienen del teatro y no hacen reír sino en fuerza de repetirse. ¿Tiene gracia decir: «que te crees tú eso!»? Evidentemente que no. Pero si en una obra de teatro lo dice un personaje siete veces, a la octava ya empezará la gente a reír y cada vez será mayor su efecto.

Madrid está lleno de gentes normalmente serias. Estas gentes serias deben protestar del sambenito que se les ha colgado y pedir la abolición inmediata del *ninchi*, del «amos, anda», del «cané», que son las tres y del «me acuerdo a las ocho».

El acostarse a horas honestas, como el que sean las tres o el aconsejar a otro que le entreguen diez pesetas, no son, realmente, muestras de gran ingenio, que el razonable pueblo de Madrid debe rechazar como postizas e impropiedades.

JOSE LÓPEZ RUBIO



LA VECINA (cantando).—¡Qué vida más arrastrada!
EL GATO.—¡Si lo dirá por mí, que ando a... gata!

Dib. FONTLEA.—Madrid.



Divertidas escenas que presenciáramos...

Ayuntamiento de Madrid



Dib. SAMA.—Madrid.

¡Si se escapase el león en la casa de fieras!

CÓMO ME FUGUÉ DEL PRESIDIO DE TOLÓN

La semana pasada tuve el gusto de brindar a la insaciable avidez del lector y a la elegante comeción de la lectora, el capítulo de mi vida en que se dice cómo se era, cómo se llamaba y de qué modo influyó en mi Destino la mujer que me llevó al delito.

Hoy, de acuerdo con lo que ofrecí, contaré mi estancia en el presidio de Tolón y la fuga, atravesando diversas estancias, en que concluyó dicha estancia.

Tolón... Tu solo nombre evoca en mí recuerdos de un pasado imperfecto y recuerdos de la familia, a quien ya no había de ver jamás... Tus cinco letras repican tristemente dentro de mí. ¡Cómo repican! ¡Tolón! ¡Tolón!

Sabéis, porque yo mismo os lo he dicho con la desenvoltura de una tanguista, qué causa fué la que me llevó al horrendo y húmedo presidio donde

pasé doce años sin acertar a ver otra cosa que un cielo sin límites y varios números atrasados de *Le Journal*.

Todos sabéis que yo maté a Reóforo Specinati por instigación de Sofia Veraspiatlá. Mi crimen se descubrió antes que un niño bien educado. Fui juzgado y condenado con una velocidad de taxis de sesenta. El fiscal pedía un año y seis meses de arresto, pero gracias a mi abogado defensor me condenaron a doce años de trabajos forzados.

Todo pareció hundirse en mi interior cuando el carcelero me metió de un trastojo en la celda que se me destinaba. ¿Describir aquel antro? Sería tan desagradable como ver bailar el pericón a dos catedráticos de Metafísica. De modo que renuncié a ello. Si el lector ha estado en presidio ya se dará

idea de cómo son esta clase de celdas. Paredes pétreas, un banco de granito del Cáucaso como asiento, un pequeño tragaluz, un panelcillo también de granito del Cáucaso y un jarro de agua con diversos microbios visibles en suspensión. Y las paredes que se rezuman y los animales inmundos que no se rezuman, pero que se multiplican. Y un lecho de paja más putrefacta que el Diccionario de la Academia y el silencio, la soledad y la Engracia, hija del carcelero, que se pasaba el día cantando *La maja de Romero de Torres*. Comprenderéis que yo no podía resistir tanto suplicio. Y al cabo de dos años de meditarlo serenamente, decidí fugarme.

¿Por dónde? El ventanillo era inopugnabile; la puerta no cedía ni rogándoselo por su padre y entonces comprendí que la salvación, como algunos cromos, estaba en las paredes.

Ataqué resueltamente una de ellas y con la simple ayuda de mi afilador de corbata, comencé a arañar la mole de granito. En veinticuatro horas de trabajo constante conseguí hacer un agujero de unos cuatro centímetros. Comprendí que mi fuga estaba más lejana que las Antillas, y pinchándome en un carrillo, con sangre de mis vasos sanguíneos escribí un testamento legando mi afilador de corbata y un abrochador de guantes—todo cuanto poseía—a mi sobrino, por parte de prima, Recaredito Menéndez.

Tres años después, el hueco del muro permitía ya introducir en él mi nariz y parte de un pómulo. ¿Para qué señalar todas las fatigas casi asmáticas que mi labor me produjo? Todos podéis figuráoslas.

Seis años más tarde, en el hueco entraba mi cabeza entera, y hay que advertir que yo tengo un cráneo que el del *mammoth* resulta a su lado una pídora.

A los nueve años de ir desmenuzando la pared, me cabían los hombros; un año después comencé a oír ruidos que venían del exterior; mi alegría se desbordó como el Tamesis. Oíré, canté, bailé panaderos con dos arañas que se habían hecho muy amigas mías y me puse con mayor furia al trabajo; otro mes de labor y ¡zas! cayó una capa de yeso y salí al exterior.

Acababa de hacer irrupción en el despacho del director del presidio, monsieur Talliac.

Diez minutos más tarde ingresé en otra celda de muros más espesos.

Y allí hubiera muerto de no haberme dado cuenta de que por las mañanas, para oír las prisiones, dejaban la puerta de par en par. Un día, aprovechando este incidente que yo no había advertido en doce años por estar sumergido en mi labor, y salí de la celda y poco después del presidio de Tolón.

Enrique JARDIEL PONCELA



Dib. ALFONSO.
Madrid.

EN EL CIRCO

—Oye, papá, ¿cómo podrá hacer labor esa mujer dentro del agua?

—¡No ves, hija, que lo que hace es un caladol...

UN CINEMATÓGRAFO FANTÁSTICO

En Londres hay, además de una barbaridad de ingleses, un coliseo bastante ancho y profundo (de cuya existencia me he enterado por un chismoso que viaja mucho y lo cuenta todo), cuyo espectáculo más frecuente son las proyecciones cinematográficas.

El hecho de que en Londres haya un cine no tendría nada de particular, si no se tratase de un cine en el que suceden cosas tan extravagantes que son capaces de hacer a la boca abierta al ser más inapetente del planeta y sus inmediaciones, hasta el extremo de no podrérsela hacer cerrar ni con una disposición del Gobierno.

Claro es que en los cines de Madrid también pasan cosas que hacen abrir las bocas y alargar los dientes, pero con todo no llegan al estupendo grado de originalidad de las que me han referido de ese cinema londinense que lamento que me pille tan lejos porque son para no morirse sin verlas, y si me apuran ustedes (que no me apurarán, porque me quieren bien) para verlas y no morirse tampoco.

En ese cinematógrafo de la capita de la Grandísima Bretaña están previstos una barbaridad de casos y están atendidas todas las necesidades del público de una manera tan sorprendente y eficaz que mete miedo. Paso por alto (y con la izquierda como los buenos) detalles que, sin embargo, son conmovedores, como los referentes al confort y a las comodidades del local. No quiero ni hablar del colosal calentapiés que hay debajo de cada localidad, como no quiero hacer comentarios al procedimiento novísimo que adoptan ciertos espectadores para cañentarse las manos, muy semejante en determinados momentos al empleado por los espectadores madrileños con el mismo noble y voluptuoso fin. Tampoco me extenderé en alabanzas acerca de un tierno sistema de servir al público, que consiste en que al espectador que se duerme se le arrulla y se le arroja con una manta; al que fose se le obsequia con flor de malva; al que se pone nervioso con las películas trágicas se le da tila, y el que se rompe el pantalón con el clavo de una butaca se le da tila. Todo esto no es más que una preciosa parte de les mil atenciones y cuidados de que disfrutan los concurrentes al espectáculo, lo que da lugar a que las misses juveniles se perezcan por abonarse al cine, y a que, como consecuencia del aumento del abono, se contraten nuevas acomodadoras (que también son misses) en virtud de lo cual cada mes hay una miss más. Lo que yo quiero referir, porque es lo que me ha dejado más aborrito,

es el peregrino detalle de los avisos que aparecen escritos en la pantalla en ciertos momentos en que la necesidad obliga a avisar al público sobre algo que le conviene no ignorar.

A veces, cuando una película se encuentra en lo más candente e interesante de su desarrollo, se interrumpe la proyección y en su lugar se proyecta sobre la blanca tela la frase siguiente:

*En el número 7 de la calle tal,
hay un fuego*

*de padre y muy señor mío.
¿Está aquí algún vecino de la casa?
¡Porque ya comprenderá lo que
tiene que hacer!*

Y la consecuencia de este sabio aviso suele ser que un espectador o dos salgan despavoridos y gritando en inglés: ¡ay, mi madre!, con dirección al lugar de la catástrofe donde las llamas les llaman. ¡Estarán ustedes conformes conmigo en que esto es encantador y que en Madrid estaría muy



—Mira, Juan, hay que decidirse, o torero o aviador.

Dib. MAR.—Madrid.

bien, aunque estaría mejor que no hubiera fuego!

Otras veces, el avisito que surge en la pantalla es menos incandescente, pero algo más suculento:

*En la contaduría
hay depositada una liga rosa.*

*Diámetro respetable.
Evidentes señales de haber sido perdida esta misma noche.*

*Se entregará a la que acredite
ser su dueña legítima.
Precisa ver la pierna para evitar líos.
Discreción y enmudecimiento
absolutos.*

En este caso concreto suele ser sólo una la espectadora que se levanta de su asiento y se dirige a la contaduría con paso vacilante y cara de agonía, aunque esta agonía no llega nunca a un funesto desenlace, porque una mujer no se muere tan fácilmente con una media caída.

¡Y para qué citar más casos!... Creo fundadamente que con los dos que acabamos de exponer basta para que se den ustedes cuenta de la transcendencia de la innovación y de sus indubiable ventajas. Sólo quiero referir, como remate de esta zarandeja literaria, un reciente suceso a que dió lugar un aviso, el más morrocotudo de todos, que apareció una noche en la divertida pantalla. Era un día de gran lleno. El cine rebosaba de público. Abundaban las señoras y en la obscuridad abundaban una porción de cosas más. El caso es que en lo más interesante del espectáculo y en lo más ameno de sus derivaciones tenebrosas, sobrevino esta leve advertencia:

Señores y señoras:

Este cine tiene seis puertas.

En la puerta número 5

*hay un señor llamado John,
provisto de un revólver tremendo.*

Aguarda a su esposa, que se encuentra en este coliseo en compañía de un honorable adláter.

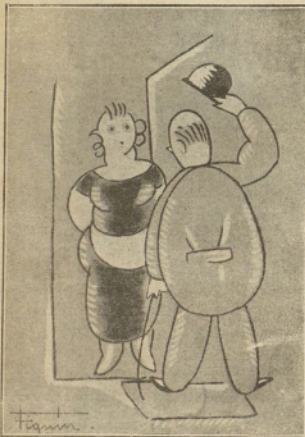
*Las cinco puertas restantes
pueden ser utilizadas por la feliz
pareja que se encuentre en tan
anómala y comprometida situación.*

Y a los tres segundos y dos terceros de proyectarse este aviso elocuente, discreto y sincero, el cine estaba vacío como mi cabeza. Los seis mil espectadores (tres mil señoras y tres mil caballeros) se habían precipitado por las cinco puertas con seriedad completamente británica, pero con rapidez absolutamente velocipédica.

¡Las miserias de Londres, que dijo Ponson du Terrail! Porque eso de que sólo haya tres mil Johnes en ridículo, es una miseria.

Por supuesto, habrá más.

ERNESTO POLO



Dib. Fiquita.—Madrid.

—¿Estás sorda? ¡Lo menos te he llamado diez veces!
—¡No diga, señorito! No han sido más que siete...



Dib. Rodalén.—Madrid.

—Dejó toda su fortuna a los ciegos.
—¡Pues ellos no han visto una gorda!...

EL RECLUTA (historieta por A. Mateos).



AL PAZO



AL TROTE



AL GALOPE



AL... ¡QUELO!

EL CUENTO PARA LOS CASEROS

(Estamos firmemente decididos a conseguir un público numeroso que lea nuestros artículos con avidez. No hay para ello, como escribir, basado en nuestros vastos conocimientos psicológicos, una serie de artículos dedicados a halagar el gusto de los distintos grupos de lectores. Ya tenemos, merced a anteriores crónicas, un público de señorías y otro de madres; pero queremos conseguir la simpatía de los caseros.)

EL CASERO BONDADOSO

Se oyeron en la puerta unos discretos golpes de llamada; alguien golpeaba desde la escalera con los nudillos, la doncella del piso, del piso ocupado por el dueño de la finca, salió a abrir.

Era el inquilino del tercero. —Desearía hablar con el señor—dijo—, y fue introducido a la sala de visitas.

—¿Cómo no ha usado el timbre? le preguntó la doncella, y el inquilino

contestó modestamente. ¡Oh!, por no desgastar las pilas.

Tras alguna espera, apareció en la sala el casero. Era un hombre de aspecto sano y bondadoso; demostraba lo equivocados que están los que se figuran a los caseros como monstruos espantosos. No, este casero era un hombre cordial y afable, siempre dispuesto a procurar el bienestar de sus inquilinos.

—Usted dirá lo que desea—dijo dirigiéndose al inquilino.

—Pues verá, señor casero, contestó aquél: el caso es que no sé cómo empezar.

El inquilino se ruborizó.
—Hable, hable sin miedo. le escuchó impaciente.

—¡Impaciente! Pues hablo en seguida. El objeto de mi visita es hacerle a usted una petición.

El casero perdió su sonrisa.
—¿Si está en mi mano... dijo.

—Sí, sí, afirmó el inquilino, basta con que usted acceda a lo que voy a pedirle.

—Dígallo, pues—concluyó el casero.

—Pues bien, como usted sabe, yo habito un piso de esta hermosa finca de su propiedad. Mi piso es espacioso, nos alojamos una numerosa familia, tiene cuarto de baño, etc., etc.

—Hasta ahora accedo—aseguró el casero.

—Pues señor, yo creo que la cantidad que le abono a usted por el alquiler, es demasiado reducida; le estoy haciendo perder mucho dinero, y mi conciencia no me lo permite. Vengo a rogarle, que me suba el alquiler.

El casero (hombre de corazón, que no se atrevía a contradecir a nadie) tuvo una sonrisa de condescendencia y contestó:

—Bien sabe usted que no sé negarles nada a mis inquilinos, que son para mí, como hijos.

—¿Me lo concede usted pues?—Interrogó con ansia el peticionario.

El casero tuvo un hermoso gesto: —¡Sí!—dijo—. Le aumento el alquiler al doble de su precio actual...

Loco de júbilo el inquilino abrazó al bondadoso casero.

Fue una escena conmovedora.

En aquella casa, todo era perfecto, debido al comportamiento de los inquilinos.

Estos no eran los seres independientes de la mayoría de las casas. En aquella, no se oía galopar a los inquilinos por la escalera con el decidido propósito de derribar el edificio. Allí los inquilinos no escribían sentencias en las paredes. Allí no usaban el ascensor.

(¿Verdad, señores caseros, que aquella, era una morada ideal?)



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

- Y ¿por qué crees que no le gustas a Fanny?
- Porque me ha dicho que en todas las familias hay un tonto.
- Bueno, ¿y qué?
- ¡Que yo le acababa de decir que era hijo único!

Los vecinos de la casa, dándose cuenta de su deber hacia el propietario, no tenían hijos. Los niños, alborotaban los patios y las escaleras, y los inquilinos respetaban demasiado al casero, y nunca se habían atrevido a tener descendencia.

Después de esta escena que hemos relatado hubo otra de la que solo daremos una ligera idea.

—El señor del segundo, visitó al propietario para expresarle su deseo de empapelar su cuarto.—Por mi cuenta—añadió.

El rostro del casero se iluminó con una sonrisa todo bondad.

—No sé negarme, no se negarme a nada de lo que me pidan ustedes—dijo—y para que vean cómo les estimo, le permito que aprovechando el tener al papalista en la casa, me empapelen el pasillo de mi piso.

El inquilino quedó un instante mudo por la emoción que le había causado tal honor y se retiró bendiciendo al magnánimo protector.

Hemos de hacer notar, las excelentes cualidades del corazón de este casero, que tanto contrastan con el aspecto de ferocidad con el cual nos lo quieren representar algunos inquilinos rebeldes.

Nosotros estamos dispuestos a defenderlos aunque sea costeando la impresión de un libro, dedicado a ese fin, y cuyo texto vaya al cuidado de Buscarini, Cienhigos u otro genio por el estilo.

En aquella casa siguió la vida feliz y tranquila.

El propietario sacreaba bondadosamente a sus inquilinos que le esperaban formados en el portal todas las mañanas cuando regresaba de su paseo.

Mas un día, al regresar el hombre cariñoso a su morada, creyó haberse equivocado de calle, su casa no era la misma, había crecido de un piso; extrañado se frotó los ojos, y volvió a mirar, y en efecto era su casa, pero aumentada.

De repente se aclaró el caso; una comisión de vecinos se adelantó sonriente hacia el casero y uno de ellos le recitó lo siguiente.

«Al casero cariñoso»
[Que a todos tanto nos quiso
En el día de su santo
Le regalamos un piso.

Y después, en prosa, le explicó como los inquilinos pensando hacerle un regalo en el día de su onomástico, habían pensado aumentar un piso a la finca y así lo habían hecho, por sorpresa y como regalo.

Todos fueron felices. ¡Apended inquilinos a ser correctos y bien educados!

(Espero que el cuento habrá complacido a los caseros y espero también sus regalos.)

EDGARD NEVILLE



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—¡Siempre el mismo! Por ti no pasan los años. ¡Hasta tienes la misma calva!

UN ÉXITO TEATRAL

I

—¿Por qué no escribes una obra?

A la inesperada pregunta no supe dar una respuesta concreta.

—¡Hombre!—dije—no sé, jamás he pensado en ello.

—No piensas nunca en nada.—afirmó mi amigo despreciativamente.—¿Vtú eres el que esperas ganar dinero con la literatura?... ¡Pero si el teatro es lo único que rinde beneficios!

—Sí, es indudable.

—¡Entonces! ¿No me tienes a mi siempre dispuesto a complacerte? ¿Qué esperas? Escribe algo y, en la temporada próxima, te lo estrenó, ¿hace?

—¿Cómo no? Agradecidísimo. ¿Qué género prefieres?

—Cualquiera... Este año voy a ha-

cer de todo. No hay obra que se resista a la compañía que tengo formada.

Me habló largamente, embriagándose con sus palabras, de sus proyectos y de sus esperanzas. Yo, mientras tanto, esforcé mi imaginación buscando un argumento escénico.

II

Un poco inquieto, a pesar de mi amistad con Rodero, le anuncié un mes más tarde:

—Ya tengo hecha la obra. Tres actos en prosa. ¿Quieres que te la lea?

—Sí, Principia.

—La Argolla. Acto primero. Deco-

ración: sala con tres puertas...
—Me escuchaba atentamente y, complacido por ello, mi voz fué haciéndose segura, clara y vibrante:

—«Doña Eladia: La vida es esa, hija mía y es inútil rebelarse contra ella. Tu esposo te quiere, me consta, pero es que todavía le oprime la argolla de las pasiones, esa argolla de vicio, de crápula, que sujeta a la juventud».

De vez en cuando, oía la voz de Rodero alentadora:

—Bien, continúa.

La lectura duró más de dos horas. Respiré fuertemente tras de pronunciar:

—«Doña Eladia: —mientras Carmen abraza el cadáver de Fausto— ¡la argolla! ¡la argolla que ha sido más fuerte que tú y que os ha vencido! Telón rápido. Fin del drama».

—Me gusta. Pero... no es para mí. Yo necesito comedias. El público no quiere dramas, no quiere emociones fuertes. El argumento es bonito y puedes convertirlo, sin gran esfuerzo, en una comedia. Hazlo, pronto para que pueda ser estrenada a principios de temporada. ¡Muy bien, Ansel no! Tú triunfarás en el teatro.

II

Con no poca inquietud, advertí a mi amigo:

—Ya está convuelto el drama en comedia. He arreglado algunas escenas y reformado el final. Ahora dice así:

«Doña Eladia: —abrazando a Carmen—

La argolla ha sido rota. Tu voluntad y tu cariño lo han logrado. Telón lento. Fin de la comedia».

—Bien. Queda mucho mejor así, pero, me parece que tiene pocos personajes. Introduce algunos más y así podré yo mostrar lo numeroso de mi compañía. Eso lo arreglais en un par de horas. ¿Quiéres?

IV

—He logrado intercalar cinco personajes nuevos: un criado, un recaudador de inquilinato, una señora que viene de visita y un electricista que está componiendo la instalación.

—No son muchos, pero en fin, bien está... Oye, el sastré del teatro tiene un traje precioso de aldeano catalán. Sería un éxito sacarlo a escena. Busca un pretexto y... Espera, otra advertencia: tres actos son muchos, ¿por qué no refundes la obra en dos? Para que cobres lo mismo, a pesar de la supresión del acto, ponle un prólogo, cortito, cualquier cosa... ¿Comprendes?

V

—Me ha costado mucho trabajo reducir la obra a dos actos y añadir el prólogo, pero ya está. Pues, y para sacar a escena al aldeano catalán? No

puedes imaginarte el esfuerzo cerebral que he tenido que hacer.

—¿En qué acto sale?

—En el segundo.

—Conviendría que saliera en el primero. Predispondría favorablemente al público. Hazlo así. Entonces leeremos todo.

VI

—Ya he cumplido tu encargo. El aldeano sale en el prólogo.

—Lee. Te escucho.

—A esto, le faltan chistes, situaciones cómicas. Quitá el segundo acto y haz el primero más gracioso. El público es amante de lo cómico.

VII

—Bien. Ahora me gusta. Claro que no puede titularse «La Argolla» y es lástima, pero, ¿qué vamos a hacerle? Piensa otro título y, si te es posible, quita personajes.

—Como tu dijiste...

—Sí pero es que ahora he disminuído la compañía. Haz esos arreglos pronto, porque debíamos la semana próxima.

VIII

Cuando llegó la noche del estreno, mi obra no era ni sombra de lo que fué. Hubo necesidad de suprimir el único acto que tenía, y quedó reducida al prólogo en el que el aldeano catalán contaba todo el argumento.

Me pasaba nervioso entre bastidores, esperando que se alzara el telón, cuando un tramoyista me advirtió que Rodero quería verme y fui a su camerino.

—Ven aquí, insigne autor, —me dijo— hay que hacer una pequeña modificación en la obra.

Le miré asustado y él, pensando que lo que miraba era el traje de aldeano catalán, dió media vuelta en redondo para mostrarlo totalmente.

—Toma un lápiz. Acorta el prólogo. Es demasiado largo.

Maquinalmente le obedecí. Vió el arreglo y quedó satisfecho.

—Que den el último aviso —ordenó—. Vamos al éxito. Anselmo. Y ya levantado el telón, se acercó a mí y me dijo precipitadamente:

—«No te parece que todavía es larga la obra? Yo creo que lo mejor era no decir nada».

—Como quieras.

—Pues eso hago. Verás.

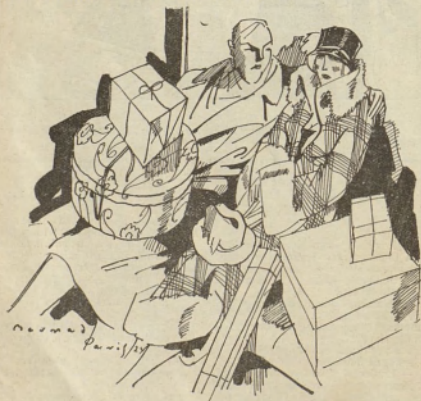
IX

Salió al escenario, dió varias vueltas para lucir el traje e hizo mutis sin pronunciar palabra.

El éxito fué enorme, clamoroso, delirante...

Rodero me ha encargado tres obras con igual argumento.

J. SANTUGINI Y PARADA



Dib. FERNAD.—París.

—Quiero que me seas fiel como un perro.

—Pues, anda, cómprame un collar...

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL ASESINATO DE LA CALLE BERTHE

por RODOLPHE BRINGER

Cuando estubo absolutamente convencido de que la vida no podía ofrecerle ningún encanto, Jérónimo Labugade se decidió a morir. Fríamente estudió los diversos medios que la ciencia moderna le brindaba para salir de este valle de lágrimas: el hierro, el fuego, el agua, el veneno... Y hete aquí que cuando estaba reflexionando sobre tan lúgubre tema, posó su mirada incierta sobre una columna del periódico y, al igual que Arquímedes, exclamó:

—¡¡Eureka!!

El artículo era corto. Llevaba por título estas palabras:

¡EL ASESINATO DE LA CALLE BERTHE!

En la calle Berthe, apacible arteria de Montmartre, acababan de asesinar a una frutera en circunstancias tan singulares, que bien merece la pena dársele a conocer.

La frutera se llamaba madame Pécoulive. Era viuda de un hombre excelente, que en vida había ejercido las delicadas funciones de guardia de seguridad; hasta tenía una medalla de plata, que la viuda Pécoulive había puesto en un marco y enseñaba orgullosa a su clientela, para demostrar que si en fin de cuentas era una vendedora, se debía a su mala estrella; y que si el pobre difunto estuviese aún en la tierra, no se vería obligada a vender guisantes o fresas averiadas, según la estación.

Era una mujer de unos cincuenta años, robusta y fuerte, aunque de complexión apocóptica; y según testimonio de sus vecinas, nada había presagiar

que terminara tan triste y dramáticamente. Una mañana la encontraron muerta en su cama, asesinada a golpes con el puño de un paraguas.

Las pesquisas, hábilmente dirigidas por los mejores sabuesos de la Policía parisien, no habían dado resultado positivo.

El robo no parecía ser el móvil de este horrendo crimen, pues nada se echaba de menos en la casa de la víctima, y ésta conservaba puestos sus pendientes de oro y su reloj del mismo metal. Forzoso era lucinarse a la idea de una venganza; pero la viuda Pécoulive no tenía enemigos declarados.

Todo lo que se podía decir a propósito de este crimen sensacional, se limitaba a la descripción del paraguas con que se había perpetrado: era un paraguas magnífico, con puño de cabeza de puto y de una seda brillante y sólida. No se precisaba encomiar la resistencia de la armadura, puesto que, según el dictamen de los forenses, habían bastado dos o tres golpes para acabar con la pobre frutera.

Tales eran los horribles detalles que Jérónimo Labugade acababa de leer, y que le hicieron lanzar su grito de:

—¡Eureka!

Porque en breves segundos su inventiva le sugirió un procedimiento inédito de suicidio, algo lento pero infalible: el suicidio en guillotina.

La cosa estaba clara. Puesto que el asesino de la calle Berthe permanecía oculto, él se presentaría a la justicia

dicendo: «¡Yo soy el criminal que buscáis!» Rápidamente se celebraría la vista del proceso, en cuyas sesiones asombraría a los jueces por su cinismo; sería condenado a muerte y su ejecución constituiría el suicidio más regocijante que pudiera permitirse un hombre honrado.

Sin perder un minuto, Jérónimo Labugade se dirigió a la Comisaría de Sannois, pueblo de su residencia, como ustedes no ignoran.

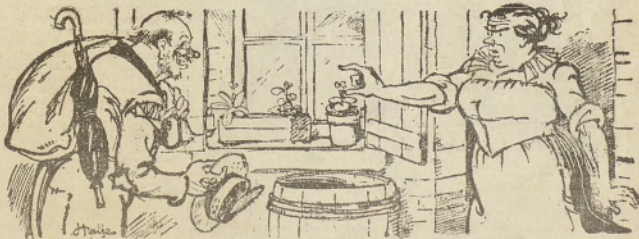
Era comisario en Sannois el excelente señor Jacinto Pipelard, hombre de costumbres morigeradas y que, dada la sencillez de los habitantes de aquella comarca, disfrutaba de una verdadera canongia.

Vegetaba feliz en Sannois, dedicado al cultivo de sus espárragos, y ni por un imperio hubiese abandonado un cargo tan tranquilo.

Hablando con franqueza, Pipelard era el hombre más pusilánime del mundo. La simple lectura de las novelas de Conan Doyle le producía sudores helados, y el día en que leyó las aventuras de Arsénio Lupin, no se atrevió a acostarse solo en su cama y tomó un criado para que le hiciera compañía.

Júzguese cuál sería su emoción cuando Jérónimo Labugade se presentó en su despacho y con la sonrisa en los labios, le dijo:

—¡Soy el asesino de la calle Berthe! Porque Pipelard—como todo el mundo—había leído por la mañana la información del crimen y, temblando de



—¡Si no se marcha usted inmediatamente llamo a mi marido!

—¡Si ya le conozco! La semana pasada me amenazó con llamarla a usted si no me iba.

(De Le Matin, París.)

Hasta fin del mes actual se compran en esta Administración (Plaza del Ángel, 5, entresuelo), los números 10-15 y 40 de nuestra revista (siempre que se nos presenten en buen estado de conservación), al precio de **UNA PESETA**

miedo, daba gracias al cielo que le conservaba de comisario en un país donde no había calle Berthe y donde a nadie se asesinaba.

Y miren por dónde, a la chita callando, se le presentaba un ente ridículo para espantarlo:

—¡Soy el asesino de la calle Berthe!!

¡Había para morirle de una congestión!

Pipelard no se congestionó; pero al verse solo, en presencia de aquel criminal, sufrió un desvanecimiento. Jerónimo Labugade tenía buen fondo, dió unas palmaditas al comisario, le puso una llave en la nuca y viendo que estos remedios de nada servían, cogió de la cocina una botella con vinagre y se lo hizo respirar.

El señor Pipelard volvió en sí. Tranquilizado por el proceder del asesino, comenzó a interrogarle con voz temblorosa. Jerónimo recitó el artículo del periódico, que se había aprendido de memoria. Pipelard quedó convencido. ¡No había duda! Este hombre, tan al corriente de las circunstancias del hecho, debía ser el criminal; los detalles eran concluyentes, incluso la descripción

exacta del paraguas, instrumento inocente del delito.

—Amigo mío, —le dijo Pipelard— me veo obligado a arrestarle.

—¡Pero si no pido otra cosa!

—A falta de cárcel (el pueblo es muy pequeño), voy a encerrarle en mi despensa. No se fíe de mi vino de Chanteloup; este año se ha picado algo y podría hacerle daño. En seguida voy a telegrafiar a París y espero que antes de una hora vendrán en su busca.

Labugade dió las gracias, prometió no tocar al Chanteloup y se dejó encerrar de buen grado.

Minutos después Pipelard telefoneaba a la Prefectura:

—Alló, alló... ¡Soy Pipelard, el comisario de Sannois. Acabo de arrestar al asesino de la calle Berthe!

—¿Qué dice usted? —le respondieron.

—Digo que he arrestado al asesino de la calle Berthe!

Resonó una carcajada. El comisario creyó notar que en la Prefectura lo tomaban a broma. Preguntó:

—¿Qué debo hacer con el detenido?

—Consérvelo en alcohol como un bicho raro.

Y cortaron la comunicación.

Pipelard se quedó de una pieza. En este momento, un hombre bello colocó sobre su mesa un periódico de la tarde:

—Ahí tiene el periódico, señor comisario.

Pipelard lo desdobló maquinalmente recorriéndolo con la vista, y dió un salto. Acababa de leer:

«El paraguas que ha servido para perpetrar el horrible asesinato de la calle Berthe procedía de los Grandes Almacenes del Rey Pipino, que acaban de inaugurarse en el boulevard Hausmann. Pidan los magníficos paraguas con cabeza de pato. Precio: 5/75 francos».

El comisario se desplomó en su butaca.

—¡Era un reclamo! ¡Ahora comprendo que en la Prefectura se hayan reído de mí!

Y corrió a buscar a Labugade, que allí, en la despensa, procuraba evocar las dulzuras del suicidio en guillotina.

—¡Es usted un farsante!

—¿Yo?

—¡Si! El asesinato de la calle Berthe era el anuncio de un vendedor de paraguas.

—No!

—Lea usted.

Y alargó el periódico al infortunado Labugade; éste no daba crédito a sus ojos.

—Entonces —dijo llorando—, ¿no me guillotinarán?

El comisario le miró:

—¿Quería usted que le guillotinaran?

—¡Sí, porque soy muy desgraciado!

Labugade, entre sollozos, contó sus desventuras al señor Pipelard. Al escuchar tanto infortunio, el comisario unió sus lágrimas a las de Jerónimo.

—Escúcheme, pobre joven. Si usted quiere, puede quedarse en mi casa. Precisamente necesito un secretario, porque el cuidado de mis espárragos no me deja vivir tranquilo. Tendrá usted habitación, comida y algunos francos para sus gastos. ¿Le conviene?

Labugade aceptó. Quedóse con el señor Pipelard y llegaron a ser los mejores amigos del mundo.

Alguna vez el comisario dice para su capote:

—¡Y pensar que este mazo ha estado a punto de asesinar a una frutera de la calle Berthe!

M. V.



—Señor comisario, vengo a entregarme como autor del robo del vino al tabernero de la calle Trambé.

—Muy bien. ¿Y el vino?

—¡Excelente! señor comisario!

(De l'illustre Docteur, Munich.)

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.143

MADRID

Madrietas de guerra.—(Bueno, vamos a ver si es posible que entres lectoras de Buen Humor, que todavía no han respondido a las clamorosas, contumaces y reiteradas peticiones de los innumerables héroes que solicitan su atención, surjan hoy los que anhelen los pre-

colos Ballesteros (segundo regimiento Zapadores Minadores, cuartel de la Alcazaba, Tetuán); Luis Fábregas (regulador de Melilla, número 2, Melilla); Pedro Romero (comandancia Ingenieros Melilla, cuartel de comaltes, campamento de Telfer); Pedro Ramos Martínez (esplendoroso suboficial del batallón

D P del A Madrid.—Hemos aceptado su artículo del vegetarianismo, principalmente porque no tenemos nada más importante que hacer. Refléctele usted de nuestra pecaminosa ahiata y procure cuidar algo más lo que haga. ¡Hace?

Andrés Nipórreas.—¡Y tan ni por esas!

S. S. Córdoba. Sus versos en andalus (11) no verán nunca la luz, al menos en Buen Humor (se lo juro por mi honor)

El molinero Lino de Irigo no muy fino hace una gran harina; es tan solo porque limpia las muelas del molino con el Licor del Polo.

Pachín de Oljón, Madrid.—No publicamos elogios a las suergas más que pagados con a tres pesetas la línea o a diez duros el metro.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL.13

cazadores Madrid, Plane Mayor, Tetuán); Cliraco Alarcón, Justo Ferrández y Víctor Pérez (cabos en el cuartel general de la Alta Comen-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Y ahora, en prosa, le diremos que el chile saldrá en nuestras columnas para que no diga usted que le cerramos todas las puertas y que nos oponemos a que alcance la merecida celebridad.

Rafael M. Valls. Madrid.—La inminencia del centio es irrefutable e incontrovertible, genéticoa compallario.

Crema



Boca sana -:- Dientes blancos. Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

dientes que vamos a mencionar! La lista de caballeros formidables que están que se desmenuzan por una madrina (cada uno), es la que sigue:

Carlos Rubio, José Miralles y Alejandro Moreno (capitanes jóvenes, sin compromiso y con una

dencia, Tetuán); José Ferrández y Joaquín de la Torre (Aeródromo Militar, Lerache); A. de M. R. y P. A. C. (batallón Isabel II, Melilla); y, para final, y también con unas misteriosas iniciales, P. M. I. (oficial del batallón Isabel la Católica, Telfer, Melilla).

El gordo.—¡Podía usted haber caldo en otra parte, amigo!... ¡Y no sabe usted lo que se lo hubiéramos agradecido!...

L. E. S.—Protestamos de esa falta de respeto a los cadáveres y de esa prolija hila que no quiere llorar a su distinguido padre. Y en prueba de que nuestra protesta no es una filia, nos negamos enérgicamente a publicar su artículo, que no

P. M. S. Valencia. Lo que nos manda es bresial, cavernoso, marroqui, bohemio y cascual y estúpido porque sí.

Bodegas de los CEAS

Besé Licor Benedicto, Anís Santa Margarita y Anís Venua.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 19-59

Les usad "Vida Madrileña"

Anuncie en

Oficinas: Puencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETERA, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

apostura gallarda que más miedo, enfermería militar de Dar Drua, Melilla), Eduardo de Sade, Diego López y Gil Mongado Coll (sergentes de la cuarta compañía de Zapadores, Telfer, Melilla); Pedro de la Vega (sergente Regulador Melilla, ametralladora, primer tabor, Dar Quaiden); Leandro Collado y Ma-

Babilonio.—¡Y es verdad! ¡Porque hay que verlo lo que mereca usted! Judex, Burgos.—¡Ustare consocio para Ramonismo, ya tenemos aquí a Ramón y estamos encantados con él.

P. M. S. Barcelona.—Eso es más malo que la gripa.

T. M. C. Avila.—No sirve.

R. F. de Y. Coruña.—¡Verdad que otra vez nos promete usted que lo ha a mióv?

Nabudonodonor, Santander.—En pensado como un chocolate a la española, ameznizado con un concierto (iii iii) de jazz-band.

Simón Drogas. Bilbao. Se enfadaria mucho mi médico al leyese su trabajo, y, en venganza, es posible que le tratase mucho peor todavía de lo que me está tratando.

Y como yo no tengo interés de abandonar el planeta por ahora (ni por luego), pues, ¡vay!... ¡Que no se publique lo de usted y en paz!

sería una tontería denominar artículo *morita*, ¡y esto por denominarle de alguna manera, aunque no tan severa como merecer!

P. P. C. Málaga.—¡Haga usted el favor de irse a la populosa y frecuentada Dorrel!

Ramés XXXVIII Valladolid.—Es usted un buegu con cuello de palatita

Cameiopadrino.—¡Llamar crepitos a los de Cuencia, es una maladería extrapalenteria, digna no de un grileite, sino de una laula de grileite así de gordos.

L. L. B. Cádiz.—¡Asaíral Doroteo Camuñes.

Ese *Estudiante sensible* es una monserga horrible.

Cañal.—El monón de papel que nos ha enviado no sirve ni para envolver medio kilo de pestilente longaniza.

R. G. M.—Recheados los tres, indignamente, ridulosamente y definitivamente.

Lesman Iraia.

El veneno de Lucrecia es una cosa muy larga y, además, la mar de necia.

¡Va al cesto a peso de cargat



HERNIAS

Burgueses cien-
cientamente

J. Campos

único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID

Luis Figuera 1

Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma

Santa Encarnación

(próxima apertura).

Casa central: Puencarral, 72.

riano de Urua (centro electroléctico, Melilla); Odón Sanz (cabo de Regulador Melilla, tabor de caballería, Nador); Florentino González (batallón expedicionario Garelino, primera compañía, segundo batallón, Melilla); Joaquín del Toro (regimiento Cerisola, primer batallón, quinta compañía, Melilla); Ni-

El mismo sacerdote.—¡Gáncese la vida sucia más y no nos corrompa e nosotros las oraciones, tonusado a mióv! ¡Dios se lo premiar!

Jaime el Barbudo.—¡ARITSE!

P. R. Madrid.—¡Arcrocidias, no!

J. B. R. Valencia.—¡Ay, amigo, no todos los estacazos que se aizen en el mundo van a las espaldas de los que más merecimientos tienen para disfrutarlos! ¡Listis mismo, y sus omoleitos, son una preña bien palpable de lo que acabamos de decir!

P. E. J. Barcelona.—Mussolini será lo lo que usted quiera, pero usted es un categorico salvaje. Riverita.—Aceptado todo. Enhorabuena.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente copia y con la firma del remitente al pie de cada cartulina, anexas en carta aparte, o sueltas al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al cual lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

[Ahí! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.]

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Un charlatán, vendedor de específicos maravillosos, decía una vez ante el consabido corro de curiosos:

—¡La eficacia de este producto para hacer salir el pelo es tan grande, que basta untar con él un pedazo de madera para que éste se convierta al poco tiempo en un magnífico cepillo!

Carlos Nival.—Granada.

En el «final de Serrano» plataforma del tranvía, mientras le dan «la salida» el conductor le dice a la co-cisera: «¿tócón los dños que echa a subirse a la plataforma delantera?»

—¿Cuándo vamos a ser nosotros novios, preciosidad?

—Se lo podría cruzar la empresa... fíjese en el cartelito: «Se prohíbe hablar con el conductor».

Carlos Altierra.—Madrid.

En un establecimiento, entra un perroquiano a comprar muñecas del tamaño 44 y el dependiente nuevo, le contesta que no tiene.

Al marcharse el cliente, se acerca el dueño y pregunta lo que había pasado.

Al contestarle el dependiente que muñecas del número 44 y que de ese tamaño no había en casa, le contesta el dueño:

—Otra vez no deje marchar a ningún cliente; si no tiene del tamaño que piden le ofrece del siguiente.

Al poco rato entra una señora pidiendo papel higiénico y como se

acaba de terminar el dependiente le contesta:

Lo hemos terminado, pero tenemos un papel de falta estúpido.

Fata.—Valencia.

¿Cuál es el colmo de un grabador?

Casarse para hacer un enlace matrimonial.

Benjamín López.—Madrid.

¿En qué se parece un bocadillo a un poste de telégrafo?

En que sostiene al hambre.

Enrique Gil.—Puente de Vallecas.

Una señora que entra con su marido en una perfumería, le dice al dependiente:

—¿Tiene usted la bondad de darme una barrita de carmin?

El vendedo... —¿Tiene el favor de darme la de mejor, que soy yo quien tiene que comérsela.

Piccoli.

En la comisaría.

El comisario: ¿Y por qué arrojó

usted el vitriolo a la cara de su marido, señor?

—Como el médico había dicho que estaba falto de ácido...!

Perico.—Madrid.

El colmo de una cocinera.

Hacer de una falda vieja de la señora una pañeta.

Nicomedes Selvane.—Madrid.

Entre padre e hijo:

El hijo.—Padre, ¿qué pasa ahí, que hay tanta gente?

El padre.—Pues, que han cogido a un hombre que había robado.

El hijo.—Pues, ese ya está libre de las viruelas.

El padre.—¿Por qué?

El hijo.—Porque ya le han prendido.

Alcántara Vera.—Madrid.

Un apunador de una compañía que ha estado trabajando en Madrid durante el verano, a un amigo:

—¿Dónde has estado este verano?

En San Sebastián. ¿Y tú?

—Yo, me lo he pasado la en Concha.

—Pues no le he visto.

Rafael M. Valls.—Madrid.

¿En qué se parece una persona muy habladora a un dependiente de una tienda de comestibles?

—Pues, en que los dos dan la lata.

Celso Siero.—Pontevedra.

—¿Cuál es el perro que anda para atrás?

—Pues, el can-grejo.

Anorol.—Horsajío de Santiago.

—¿Cuál es el colmo de un vendedor de periódicos?

—¿...!

—Ser mudo y vender La Voz, o estar enfadado y vender Buzón.

Aboya.—Cuenca.

SASTRERÍA LORITE

Corredora Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

Colmo:

—¿En qué se parece un obrero que está arreglando un resacañido y al mismo tiempo está cantando, a un tío?

—En que los dos cantan por lo alto!

N. M. Madrides.—Bilbao.

—¿Cuáles son los hombres que no pueden ver a las mujeres que tienen bigote?

—Pues, muy fáciles: los *cheffers*, porque algunas veces se les oye decir: ¡pades bigotes son una lata!

El Padre (leyendo)...

El juez se personó en la cárcel y dio al procesado el auto de desahucio. El procesado salió a la calle, tomó un carruaje y se dirigió a su casa.

El hijo.—Dime, papá, ¿por qué tomé un carruaje habiéndole dado el auto?

Carlos Márquez.—Granada.

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 73.

Teléfono 48-06.

Presnte a un establecimiento hay un grupo de gente, llega un curioso y pregunta a otro:

—¿Qué ocurre?

—Que uno de los dependientes de ese tienda se ha pegado un tiro en el sótano y se ha matado.

—¿Ha sido y cadáver, imposible! Habrá sido en la granjería de los pensamientos, vulgo cabeza.

Pedro Soria.—Madrid.

Doctor.—Nada, ahora en verano, ya lo saben ustedes. No vayan en las habitaciones interiores. Imiten el ejemplo de sus vecinos, que ya habrán visto asfides que viven cerrados.

Juan Sánchez López.—Albacete.

La señora.—Sofía, a dónde va usted con el ventilador?

La criada.—A ponerlo sobre el mesa del despacho.

La señora.—¿Quién se lo ha mandado?

La criada.—Como dijo el señorito que tenía que ventilar unos paños.

Andrés Ramón.—El Madridilento.

ASTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE
PAPEL CONTINUO

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LÓPEZ, 41. TELÉF. 23-33 M.

(a cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6.

Teléfono 50-05 M.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

EL EXPLORADOR (subido a la palmera). ¡Tirrecitos a mi mujer!

Ayuntamiento de Madrid